

comprometiendo el triunfo al tratar de precipitarle. Aunque recomendaba la paciencia á sus amigos, Mr. de Vitrolles hacía naturalmente lo contrario cerca de monsieur Fouché, á quien apremiaba para que proclamase á Luis XVIII, con el objeto de anticipar la voluntad del extranjero en esta segunda restauración, razón sumamente especiosa, y además con el fin de ahorrar á los Borbones la poco grata apariencia de verse restablecidos por manos enemigas. Estos argumentos eran buenos; pero aunque probaban los motivos que tenían para obrar, no ofrecían los medios, y Mr. Fouché respondía que era imposible abordar esta cuestión en el seno de la comisión ejecutiva, á no apoyarse en la imposibilidad demostrada de resistir á los ejércitos coligados, y esta imposibilidad no había un hombre que pudiese declararla con mayor autoridad que el mariscal Davout, ministro de la Guerra. Sus funciones, su gran reputación militar, su tenacidad, señalada no hacía mucho tiempo todavía en Hamburgo, su proscripción durante el reinado de los Borbones, contribuían á hacer de él un personaje especial en aquellas circunstancias, el único que podía decirlo todo, proclamando la imposibilidad de la defensa, y era además un hombre muy capaz de decir la verdad con toda sinceridad en el momento que la reconociese. Por otra parte, tenía un poderoso motivo para decirlo, tal era la responsabilidad con que cargaba declarando posible una resistencia que no lo fuese y de la que sería encargado. Mr. Fouché designó, pues, su conquista como indispensable; pero este mariscal era tan poco intrigante que no era nada fácil entrar en negociaciones con él. La casualidad, siempre tan complaciente cuando se trata de cosas necesarias, proporcionó al día siguiente de la partida de Napoleón la ocasión deseada. La policía denunció que el mariscal Oudinot debía ponerse al frente de un movimiento realista. Este mariscal no había tomado parte en el servicio después del 20 de marzo, pero no se había negado á tratar ostensiblemente con Napoleón. Le visitó y visitó también al mariscal ministro de la Guerra. Este último le llamó, le dirigió algunas reconveniones, y para poner á prueba sus sentimientos le ofreció una comandancia. El mariscal Oudinot se excusó por no admitirla, y vivamente apremiado por el ministro, le dijo que servía á una causa perdida; que los Bonaparte eran en lo sucesivo imposibles; que los Borbones eran inevitables y preferibles; que si no los proclamaban por sí, tendrían necesidad de recibirlos de las manos del extranjero bajo condiciones perjudiciales para ellos y para el país; que sería más prudente tomar la iniciativa, y que semejante conducta sería tan sensata como patriótica. Por último, redujo la cuestión á su aspecto puramente militar y preguntó al mariscal Davout si creía poder resistir á la Europa cuando Napoleón no había podido hacerlo. Añadió que el rey Luis XVIII había querido siempre ser justo para con él, que se lo habían impedido, pero que este príncipe apreciaba las grandes cualidades del vencedor de Awerstaedt, y que no olvidaría los servicios que prestase á la Francia en aquella ocasión.

El mariscal Davout respondió que bajo el peso insuperable con que le habían cargado, el de reemplazar á Napoleón en el mando, no pensaba en obtener favores personales, sino en la responsabilidad que gravitaba sobre su cabeza, y que por lo demás convenía en que

en el estado de las cosas era casi imposible resistir á la Europa. Después de esta confesión era fácil no admitir la necesidad de aceptar á los Borbones, toda vez que la Europa no quería ver en Francia otros soberanos. El mariscal Davout, que era un hombre de gran criterio, reconoció esta necesidad y añadió que por su parte dominaría sus opiniones si los Borbones eran capaces de observar una conducta razonable.

Preguntándole el mariscal Oudinot qué necesitaría para juzgar de razonable su conducta, le respondió presentándole las siguientes condiciones: entrada del rey en París sin los ejércitos enemigos, que deberían quedarse á treinta leguas de distancia de la capital; adopción de la bandera tricolor; olvido de todos los actos y de todas las opiniones, tanto respecto de los militares como de los paisanos, desde el 20 de marzo; sostenimiento de las dos cámaras existentes, conservación del ejército tal como estaba, etc... El mariscal se retiró para dar cuenta de su entrevista á otros personajes más autorizados que él. Mr. de Vitrolles encontró estas condiciones muy aceptables y quiso por su parte conferenciar con el mariscal Davout. Éste consintió en ver á Mr. de Vitrolles y le recibió aquella misma noche. Mr. de Vitrolles declaró que no tenía poder para aceptar las condiciones propuestas, pero se mostró convencido de que el rey las aceptaría, sobre todo si le proclamaban antes de que los extranjeros entrasen en París. Proclamar á los Borbones inmediatamente, si á este precio podían librarse de la segunda visita de los extranjeros, pareció al mariscal Davout la cosa más ventajosa, y se decidió á presentar al día siguiente una proposición formal en este sentido á la comisión ejecutiva. El mariscal era un hombre franco. Ignoraba, ó por lo menos entendía muy poco, la circunspección política, y cuando creía que una resolución era razonable no podía consentir que se titubeara en adoptarla.

El día siguiente 27 se reunió la comisión ejecutiva en las Tullerías, con la asistencia de los presidentes de las dos cámaras y la mayor parte de los miembros de sus mesas. Advertido el duque de Otranto de la conversación que habían tenido Mr. de Vitrolles y el mariscal, encaminó los debates á la cuestión de la situación y particularmente desde su punto de vista militar. El mariscal Davout comunicó las noticias que había recibido, noticias que eran muy poco satisfactorias. Desde hacía dos días los prusianos y los ingleses avanzaban con doble celeridad, y era de temer que se presentasen ante las puertas de París antes de que el ejército comenzase á organizarse en Laón. Dejando á un lado los circunloquios, enteramente ajenos á su carácter, expuso el mariscal que le parecía imposible oponer una resistencia formal al enemigo; que aun suponiendo que se alcanzase un triunfo sobre los prusianos y los ingleses procedentes del Norte, quedaban por vencer los austríacos, los rusos y los bávaros procedentes del Este, bajo el esfuerzo de los cuales sucumbirían más tarde; que en semejantes circunstancias era preciso saber apreciar la realidad de las cosas, declararla y obrar de acuerdo con ella; que siendo los Borbones inevitables, valía más aceptarlos, proclamarlos de *motu proprio*, hacer que entrasen solos, y alcanzar de este modo el cumplimiento de las condiciones que había presentado al mariscal Oudinot. No obrando como Mr. Fouché, es

decir, con mil rodeos y mil cálculos, refirió francamente lo que le había pasado con el mariscal Oudinot, manifestó las condiciones que le había impuesto, las esperanzas que le había dado de que fuesen aceptadas, y por último declaró que en su concepto debían explicarse claramente con las cámaras, haciéndoles una proposición formal, fundada en el argumento capital de que era mejor llamar á los Borbones por sí, con condiciones ventajosas, que recibirlos sin condiciones de las manos del extranjero.

Las palabras del mariscal, hijas del convencimiento, no encontraron apenas oposición de la parte de Mr. Grenier y de Mr. Quinette, ni aun siquiera de la de Carnot, que tenía confianza en la lealtad de Davout, y que á pesar de sus preocupaciones comprendía la ventaja que había en la dominación de los Borbones sin anuencia del extranjero. Mr. de Caulaincourt guardó silencio, como no había cesado de hacerlo en las circunstancias actuales; y Mr. Fouché, si hubiera tenido la franqueza del mariscal, hubiera podido, uniendo sus esfuerzos á los suyos, sacar un gran partido de su proposición, en interés de una pronta y patriótica resolución; pero bien fuese por el disgusto de ver á otra persona adelantarse á sus deseos ó bien por el temor de que el mariscal Davout fuese demasiado á prisa, aprobó pero sin calor las ideas que el mariscal acababa de emitir, y siguiendo la costumbre que había tomado de decidirlo todo por sí mismo, sin consultar apenas á sus colegas, dijo á los dos presidentes, Mr. Cambaceres y Mr. Lanjuinais, que era preciso preparar á las cámaras para que adoptasen un partido que parecía inevitable.

Ninguno de los asistentes se hallaba dispuesto á presentar objeciones, cuando Mr. Bignon, encargado provisionalmente de los negocios exteriores, llegó inesperadamente con un documento importante. Era la primera comunicación de los negociadores enviados al campamento de los aliados, y en ella exponían lo siguiente.

Mr. de Lafayette, Mr. de Pontecoulant, Mr. Sabastiani, Mr. de Argensón, Mr. de Laforest y Mr. Benjamín Constant se habían dirigido desde luego á Laón, creyendo hallar en este punto á los ejércitos inglés y prusiano. Su intención al tomar este camino fué la de conseguir un armisticio de los ejércitos más próximos á la capital, para ir á tratar después el fondo de las cosas con los mismos soberanos europeos. Mejor informados de la marcha del enemigo que se acercaba á la capital, fueron á Saint-Quentin, donde encontraron las avanzadas prusianas y pidieron una entrevista á los generales aliados. Blücher, que llevaba dos días de delantera al ejército inglés, consultó al duque de Wellington, y juzgando éste la abdicación de Napoleón como un artificio imaginado para ganar tiempo, opinó que no debía otorgarse el armisticio. Blücher, que no necesitaba de excitación alguna para mostrarse intratable, se negó entonces á conceder toda suspensión de armas si no le entregaban las principales plazas de la frontera y la persona de Napoleón. Estas condiciones eran evidentemente inadmisibles. Sin embargo, los oficiales encargados de parlamentar en nombre de los dos generales enemigos, declararon que no habían venido á Francia para apoyar á los Borbones, que se les daba poco cuidado de estos príncipes, y que separados del trono Napoleón y su familia, las potencias aceptarían las condiciones más

ventajosas para la Francia. Después de estos coloquios, los negociadores fueron autorizados para ir á Alsacia, en donde debían encontrar á los soberanos coligados. Habían partido con dirección á este punto; pero antes de ponerse en camino creyeron deber dirigir una reseña de sus primeros actos á la comisión ejecutiva, y resumían sus observaciones exponiendo que los coligados no tenían interés en que reinasen los Borbones; que su esencial deseo, del que nadie podría disuadirlos, se reducía á la exclusión del trono de Francia de Napoleón y de su familia; que aceptada esta condición, se acomodarían fácilmente á lo demás, pero que se indispondrían con ellos favoreciendo la evasión de Napoleón, perdiéndose de este modo todas las probabilidades que había para la conclusión de la paz. La legación al terminar su relato aconsejaba que se enviasen nuevos negociadores á los generales Blücher y Wellington, autorizados para acceder á las condiciones especialmente necesarias que les propusieran como base del armisticio deseado.

Los negociadores se habían evidentemente dejado alucinar por las palabras algo ligeras de los oficiales prusianos, todos dominados por sentimientos revolucionarios, y que no hubieran seguramente empleado este lenguaje respecto de los Borbones si hubieran tenido que explicarse de un modo oficial cerca del futuro gobierno de la Francia. Sin embargo, su comunicación produjo una lamentable reacción en el seno de la comisión ejecutiva. Tres de los miembros de esta comisión habían cedido ante la necesidad de soportar á los Borbones; pero no quedando demostrada esta necesidad en vista de lo que acababan de leer, opinaron que no convenía ir con premura, ni manifestarse tan pronto dispuestos á transigir con un sacrificio que no parecía inevitable. Mr. Fouché con más sagacidad hubiera debido comprender que los negociadores se engañaban, que habían tomado demasiado por lo serio las palabras de los oficiales prusianos, y que era necesario no perder el fruto de la animosa iniciativa del mariscal Davout; pero bien por error ó bien por miedo de comprometerse, convino en que no debían apresurarse á tomar una resolución.

Revocó la comisión dada á Mr. Cambaceres y á monsieur de Lanjuinais con el fin de que preparasen á las cámaras para acoger benévolutamente la restauración de los Borbones, y siempre obrando por su propia autoridad, escogió entre los personajes que se hallaban presentes á los nuevos negociadores que debían entenderse con los generales enemigos, que se hallaban á las puertas de París, para conseguir de ellos un armisticio. Confió esta misión á Mr. de Flaugergues, á Mr. Andreossy, á Mr. Boissy d'Anglós, á Mr. de Valence y á Mr. de la Besnardiere, la mayor parte de los cuales asistían á la sesión en calidad de miembros de las mesas de las dos cámaras. Apenas les dió otra instrucción que la de obrar en vista de lo que habían oído y en interés de la capital, que era necesario librar á toda costa de la presencia de los extranjeros. Además les entregó una carta para el duque de Wellington á fin de acreditarlos cerca del general del ejército británico. En esta carta, falta de dignidad y llena de adulación para los vencedores de la Francia, Mr. Fouché, repitiendo las vulgaridades que por entonces corrían de boca en boca, decía que habiendo sido separado del trono el hombre que era causa de

la guerra, los ejércitos europeos se detendrían sin duda para dejar á la Francia que eligiese su gobierno, y que el duque de Wéllington, glorioso representante de una nación libre, no querría seguramente que la Francia, tan civilizada como la Inglaterra, fuese menos libre que ella. Con esta carta ponía Mr. Fouché sobre poco más ó menos la Francia á los pies del general inglés, y aun cuando de hecho lo estuviese, no debía haberlo confirmado por escrito. Pero era tal su vanidad, tal el deseo que tenía de aparecer en todo, que prefería figurar de mala manera en los sucesos á permanecer obscuro y olvidado. Aunque Mr. de Caulaincourt contradijese poco por regla general las determinaciones que se adoptaban, sin embargo se opuso al nombramiento de Mr. de la Besnardiere, á quien conocía y estimaba personalmente, pero que habiendo regresado de Viena pocos días antes, pertenecía en cuerpo y alma á Mr. de Talleyrand y pasaba por un completo realista. «Convengo en que sea realista, respondió Mr. Fouché, pero sabe su oficio y es preciso que haya alguno que lo sepa.» Ninguno de los asistentes replicó y todos confirmaron con su silencio las elecciones indicadas.

Se separaron, pues, sin haber adoptado las conclusiones del mariscal Davout, y dejaron las cosas en el mismo estado de incertidumbre, abandonando al enemigo el cuidado de sacarles de él. Al salir de esta conferencia tomó Mr. Fouché una medida bastante grave. Como sabemos, pidió primeramente con la mejor buena fe los salvoconductos para Napoleón á fin de asegurar su libre traslado á los Estados Unidos, y á instancias del general Beker hasta renunció á exigir la llegada de estos documentos para consentir en que partiesen las fragatas, lo que disipaba cualquier motivo que tuviera Napoleón para diferir su viaje; pero después de conocer el informe enviado por los negociadores cambió de pronto de opinión, y temiendo por el buen resultado de las negociaciones pendientes prescribió al ministro de Marina que, teniendo las fragatas dispuestas para darse á la vela, y aun admitiendo á su bordo á Napoleón, no las permitiera levar el ancla hasta el momento en que se recibiesen los salvoconductos. Sólo desde entonces fué cuando por la primera vez se propuso sacrificar si era preciso la seguridad de Napoleón al interés de las negociaciones. Este interés era grande sin duda, pero el honor de la Francia importaba más, y era comprometer este honor entregar á Napoleón al enemigo, á lo que se exponía con retenerle en Rochefort (1).

No habiendo aceptado Mr. Fouché la solución que

(1) Por falta de precisión en el examen de las diversas circunstancias por que pasó la cuestión de los salvoconductos, se ha acusado á Mr. Fouché de haber querido entregar á Napoleón á los ingleses, y de este modo se le ha calumniado, lo que no ha sucedido con frecuencia á los que se han ocupado de este personaje. Sin embargo, es cierto que Mr. Fouché no quiso entregar á Napoleón, y que más tarde se expuso á la cólera de los Borbones y de los extranjeros por haber dado posteriormente el orden de dejarle partir de Rochefort. Pero también es verdad que por entonces, temiendo perjudicar á las negociaciones, reiteró el orden de esperar los salvoconductos; lo que podía ser un gran peligro, puesto que la esperanza de obtenerlos era completamente quimérica. Esta circunstancia, mal explicada y mal interpretada, es la que ha motivado la injusta reconvencción que refutamos, impulsados por un puro sentimiento de imparcialidad. Más adelante se verá que monsieur Fouché levantó la interdicción de que se trata, obrando de buena fe y sin ninguna perfidia.

le ofrecía el mariscal Davout, iba á flotar durante algunos días impulsado por los acontecimientos, él y el gobierno en masa. La desgraciada cámara de los representantes, comprendiendo confusamente su propia debilidad, comenzaba á ver que no había paliativos entre resistirse con Napoleón ó rendirse á los Borbones bajo condiciones honrosas, y procuraba calmar sus inquietudes y sus pesares discutiendo un proyecto de constitución. «Pero ¿con qué fin, exclamaban muchos hombres prudentes, con qué fin nos perdemos en el dédalo de semejante discusión? ¿No tenemos una constitución que sólo necesita algunos cambios, y que nos libra á un mismo tiempo de las teorías y de las competencias de partido, determinando la forma de gobierno y la elección del soberano? ¿No tenemos además con esta constitución y el soberano que proclamamos, la ventaja capital de conciliarnos el ejército?» Estos eran los sentimientos de la mayoría; pero cuando los ánimos se lanzan por el sendero de las vanas teorías, no es fácil contenerlos, y los unos proponían la Constitución de 1791 y los otros alguna cosa muy parecida á la república. Por lo demás estas pueriles discusiones no lograban ni cautivar á los representantes ni distraerlos de los peligros de la situación, y después de escucharlas un instante con atención cuando ofrecían alguna singularidad, abandonaban los escaños para ir á los salones inmediatos á informarse de los más insignificantes rumores que circulaban. Habiendo asistido las mesas de las dos cámaras á la última sesión de la comisión ejecutiva, era imposible que no dejase de traslucirse alguna cosa de las discusiones que se habían suscitado en el seno de esta comisión. Llegó á saberse que se había discutido en la mencionada sesión el restablecimiento de los Borbones, y se imputó particularmente á Mr. Fouché la intención de traer á estos príncipes al trono de la Francia. Como sucede en todos los partidos, había diversos grados de celo en el de los bonapartistas. La mayor parte de los que le acompañan se conformaban con Napoleón II sin Napoleón I, pero una minoría fiel consideraba como una traición el haber abandonado á Napoleón I y acusaba de esta traición á Mr. Fouché. Mr. Félix Desportes, que formaba en las filas de esta minoría, se dirigió el 28 por la mañana al seno de la comisión ejecutiva, acompañado de Mr. Durbach, que no tenía tanto interés en conservar á los Bonaparte como en impedir la vuelta de los Borbones impuestos por el extranjero. Uno y otro interpelaron vivamente al duque de Otranto, y le dijeron en términos bastante ásperos que después de haber buscado y obtenido la confianza de las cámaras les hacía traición dando la mano á los Borbones. Mr. Fouché, en gran aprieto al pronto, se repuso y les respondió: «No soy yo quien ha hecho traición á la causa común, sino la batalla de Waterloo. Los ejércitos inglés y prusiano avanzan á paso de gigante, sin que tengamos medios para oponernos á su empuje. ¡No quieren por nada del mundo á Napoleón ni á ninguno de los miembros de su familia! ¿Qué puedo yo hacer? Si deseáis saber cómo y de qué me ocupo con sus generales, he aquí la carta que he escrito al duque de Wéllington: leedla...» Y el duque de Otranto se la dió con efecto para que la leyese. Incurriendo ambos representantes en la candidez de creer que toda la negociación se reducía á esta carta, se dieron por satisfechos, y pidieron y obtuvieron la autoriza-

ción competente para comunicarla á la asamblea. Acto continuo fueron á la cámara, leyeron la carta de Mr. Fouché, que ni fué aprobada ni motivó censuras, pero que calmó un poco las imaginaciones, fáciles de excitar ó de apaciguar en los tiempos de crisis, ahuyentando por algunos instantes la idea ya muy generalizada de que sufrían las consecuencias de una negra traición.

En aquel momento, los representantes enviados al encuentro del ejército francés por el camino de Laón, cumplían su cometido y daban cuenta á la asamblea del resultado de su viaje. El general Moutón-Duvernet, encargado de esta narración, después de pintar el desorden que había reinado en el ejército durante los primeros instantes, manifestaba que no había tardado en reunirse y organizarse detrás del cuerpo del mariscal Grouchy; que creía haber sido víctima de la traición; que sin embargo la idea de combatir por Napoleón II le devolvía su ardor; que se reanimaba al escuchar este nombre, hallándose dispuesto á cumplir su deber; pero que era preciso enviarle, además de los socorros en material que necesitaba con urgencia, los estímulos de la nación; en una palabra, que era preciso sacar sus fuerzas físicas y morales de la postración en que habían caído. A este discurso se respondió generalmente que después de Napoleón I quedaba la Francia, mil veces más importante que un hombre, cualquiera que fuese su valor; que había necesidad de dirigir una proclama al ejército, darle gracias por lo que había hecho, pero pedirle que continuara prodigando sus esfuerzos por la patria, que debía ser el primer objeto de su adoración, y que corriese á combatir una vez más por la independencia y la libertad nacionales bajo los muros de París, en donde encontraría á los representantes dispuestos á morir con él en defensa de estos sagrados bienes. Redactada una proclama en estos términos por Mr. Jay, fué votada y entregada á cinco representantes, á quienes se confió la misión de llevarla al ejército. La asamblea hacía cuanto podía, pero era poco; porque no le era posible reemplazar con toda su buena voluntad el nombre y sobre todo la dirección que había arrebatado al ejército substituyendo con Napoleón II á Napoleón I, es decir, con un niño á un gran hombre.

Los representantes portadores de esta proclama no tenían que andar mucho camino para reunirse con el ejército, porque el 28 y el 29 de junio se le vió aparecer delante de los muros de París, vivamente acosado por los ejércitos inglés y prusiano, y amenazado durante un momento de hallar interceptado el camino de París antes de llegar á la capital. El duque de Wéllington y el mariscal Blücher habían dudado al pronto respecto de los movimientos que emprenderían, y proyectaron antes de entrar en Francia apoderarse de algunas plazas para asegurar su marcha y dar á la columna del Este el tiempo de ponerse en línea. Pero estas dudas cesaron al saber la abdicación de Napoleón y el profundo trastorno que siguió á este acontecimiento. Aun temiendo que esta abdicación fuese un artificio, previeron la confusión que debería reinar en los consejos del gobierno y decidieron avanzar hacia París. Convinieron en seguir la orilla derecha del Oise, y anticiparse si podían al ejército francés que avanzaba por la orilla izquierda, con el fin de llegar antes que él á la capital. El mariscal Blücher, adelantándose á los ingleses, debía

marchar al frente, seguir la corriente del Oise y procurar apoderarse de los puentes, mientras que el ejército británico, apresurándose á reunirse con él, le apoyaría en cuanto le fuese posible. El duque de Wéllington, que gozaba de gran autoridad sobre la corte de Gante, autoridad que debía á su triple calidad de inglés, de general victorioso y de talento eminentemente político, le envió á decir que abandonase la Bélgica y se dirigiese á Cambray, cuyas puertas iba á procurar abrir empleando para ello un golpe de mano. Detenido por su material y sobre todo por su aparato de puentes difícil de mover, se quedó muy detrás del mariscal Blücher, quien no esperaba á nadie impelido por su impaciencia. Cuando el día 25 se hallaba el mariscal en Saint Quentín, el duque de Wéllington salía de Cateau, encargando á un destacamento que se apoderase de Cambray y Perone. El 26 de junio continuando el ejército prusiano su movimiento llegó á Chauny, Compiègne y Creil. Una de sus divisiones, atravesando el Oise por Compiègne, procuraba interceptar al ejército francés el camino de Laón á París.

El ejército francés, reorganizado en Laón y replegado á Soissons, se hallaba á las órdenes del mariscal Grouchy, porque el mariscal Soult había deseado trasladarse á París. Vandamme reemplazó á Grouchy en el mando del ala derecha, que había faltado contra su voluntad á la cita de Waterloo, y se encaminaba por Namur, Rocroy y Rethel hacia Laón con las mejores disposiciones. Apenas entró en Laón el mariscal Grouchy, sabiendo que su línea de retirada hacia París estaba amenazada por los prusianos, se apresuró á llegar á Compiègne, adonde se hizo preceder por el conde de Erlón con los restos del primer cuerpo, y por el conde de Valmy con los coraceros que le quedaban.

El conde de Erlón halló en Compiègne á los prusianos, los contuvo del mejor modo posible, y después se replegó hacia Senlis, anunciando á su general en jefe la presencia de los prusianos en la orilla derecha del Oise, á fin de que tomase una dirección opuesta para llegar á París sin tener un encuentro lamentable. Grouchy, obrando en esta ocasión con una actividad que desplegada diez días antes hubiera salvado al ejército francés, dirigió á Vandamme hacia la Ferté-Milon, para que avanzase hasta París siguiendo el Marne; se encaminó á Villers Coterets, en donde detuvo á los prusianos con un ataque vigoroso, y después se replegó rápidamente por el camino de Dammartin. Al día siguiente, 28, desembocaban en París las vanguardias de sus columnas por todos los caminos del Este, y el 29 ocupaban las posiciones de la Villette después de haber evitado al enemigo con tanta destreza como vigor. Entretanto Blücher llegaba á Gonesse. Habiéndose apoderado el duque de Wéllington de Cambray con un cuerpo destacado de su ejército, y abriendo las puertas de esta ciudad á Luis XVIII, se hallaba entre Saint-Just y Gournay, teniendo su retaguardia en Roye y su cuarte general en Orvillers, es decir, á dos marchas del mariscal Blücher. La impaciencia del uno, la lentitud del otro, los habían colocado á una distancia que podía comprometerlos singularmente, si los franceses sabían aprovecharse de la ocasión.

Ya el cañón del enemigo se oía en la llanura de Saint Denis, y esta era la segunda vez en quince meses que

resonaba este siniestro ruido á las puertas de la capital, despertando con mayor viveza todas las agitaciones de los días pasados. Las tropas, muertas de cansancio por tres marchas de diez y doce leguas cada una, llegaban con poco orden, y no presentaban un aspecto satisfactorio. El mariscal Grouchy, trastornado por la viva persecución del enemigo y temeroso de encontrarle interpuesto en el camino de París, enviaba despachos alarmantes. Recibiendo de rechazo todas estas impresiones el mariscal Davout, desesperaba de poder oponer al enemigo una formal resistencia, y siempre el mismo en sus miras y en su lenguaje, no dejó de comunicar sus temores al duque de Otranto. Trasladó su cuartel general á la Villette para poder atender mejor á la defensa de la capital, y desde este punto envió á decir al duque de Otranto que no veía más recurso que seguir el consejo que había dado la víspera de proclamar á los Borbones, ahuyentando de este modo á los ejércitos coligados; que había tenido que vencerse muchísimo para decidirse á tomar esta resolución, pero que se había vencido y persistía en creer que valía más restablecer á los Borbones de *mon proprio*, en atención á las razones que aconsejaban este acto, que no recibirlos de manos del extranjero victorioso.

Mr. Fouché participaba por completo del dictamen del mariscal, pero Mr. de Vitrolles, con quien se hallaba en continua comunicación, no le hacía más que promesas vagas, tanto respecto de las cosas como de los hombres, y se limitaba á repetirle que nunca se olvidarían los inmensos servicios que prestaba y siguiese prestando en aquella ocasión. Conociendo Fouché el valor de semejantes promesas, quería prendas más sólidas, bien para sí ó bien para el partido revolucionario. Tromelin, que enviado al cuartel general inglés volvió después de desempeñar su misión, Mr. de Tromelin, decimos, no pudo darle más que respuestas vagas, tales como las de que el duque de Wellington no estaba autorizado para expedir salvoconductos en favor de Napoleón, que era preciso absolutamente aceptar á los Borbones, y que en vez de imponerles condiciones debían fiarse en la prudencia de Luis XVIII, quien concedería todo cuanto era razonable que desearan.

El general Tromelin fué además portador de expresiones extremadamente lisonjeras del duque de Wellington para Mr. Fouché y él testimonio de un vivo deseo de conversar con él. Atemorizado por los peligros que indicaban los jefes militares, inquieto por las vagas declaraciones de los agentes realistas, Mr. Fouché, que continuaba encargándose de todo, respondió al mariscal Davout que había necesidad de apresurarse á negociar un armisticio, pero sin contraer ningún compromiso formal con los Borbones, porque aceptarlos demasiado pronto sería exponerse á tener que aceptarlos sin condiciones, sin eximirse de abrir las puertas á los ejércitos enemigos cuya abstención y alejamiento no garantizaría nadie. Sin embargo, no proclamando inmediatamente á los Borbones, y queriendo obtener un armisticio, era de todo punto necesario hacer un sacrificio. Los primeros negociadores, en su entrevista con los generales prusianos, les habían oído decir que para detenerse exigirían las plazas de la frontera y además la persona de Napoleón. Mr. Fouché pensó que era preciso sacrificar las plazas fronterizas para salvar á París, porque París era

la Francia y el gobierno. Esta opinión era muy refutable, porque entregar la capital era únicamente restituir el trono á los Borbones, mientras que abandonar plazas tales como Estrasburgo, Metz y Lille era poner en manos de los extranjeros las llaves del territorio, que quizás no querrían devolver á los mismos Borbones. Pero Mr. Fouché, más preocupado entonces por la cuestión de gobierno que por la de la seguridad del territorio, autorizó al mariscal para que cediese las plazas fronterizas, con el fin de alcanzar un armisticio que detuviese á los ingleses y á los prusianos á las puertas de la capital. Esta autorización debía ser remitida al mariscal Grouchy, comandante de las tropas que se retiraban, para que la hiciese llegar á poder de los representantes encargados de negociar el armisticio, en dondequiera que estuviesen.

En estas diversas respuestas no se había hablado de la persona de Napoleón, y Mr. Fouché propuso para salir del paso que partiese al instante á Rochefort, accediendo á la condición esencial en que parecía cifrar su interés, la de poder darse á la vela sin aguardar los salvoconductos. Esta resolución era la más honrosa que podía adoptarse, porque una vez realizada no podría el enemigo pedir la persona de Napoleón al gobierno provisional. Después de la razón de honor, la de la prudencia aconsejaba esta conducta. Muchos militares hablaban de ir á la Malmaison en busca de Napoleón para ponerle al frente de las tropas y dar á las puertas de París la última batalla. Procurando que partiese sin pérdida de tiempo se privaba de su presencia tanto á sus enemigos encarnizados como á sus imprudentes amigos. El almirante Decrés y Mr. Merlin recibieron el encargo de trasladarse á la Malmaison para apremiar á Napoleón á fin de que partiese, entregándole la autorización para llevar el ancla cuando estuviese á bordo de las dos fragatas de Rochefort; y alegando, para decidirle, las exigencias del enemigo, que pedía su persona, y la imposibilidad de responder de su seguridad si se quedaba en la Malmaison, adonde á todas horas podía ir á sorprenderle un destacamento cualquiera de caballería. Después de dar estas órdenes, la comisión ejecutiva se presentó en la cámara de los representantes para hacerle saber hasta qué punto se había agravado la situación y proponerle que se declarase á París en estado de sitio, continuando en activo ejercicio las autoridades civiles y conservando sus poderes, por el contrario de lo que sucede en las plazas fuertes, en las que no subsiste más que la autoridad militar después de la proclamación de la ley marcial. La asamblea, que vivamente agitada por el estampido del cañón no supo nada nuevo al oír las comunicaciones del gobierno, votó el estado de sitio casi por unanimidad.

El estampido del cañón que resonaba en la llanura de Saint-Denis, como á los de la capital alteró á los habitantes de la Malmaison, excepto á Napoleón, que apenas se alarmaba porque conocía más que nadie en el mundo la importancia de los peligros. El general Davout, bien fuese para impedir al enemigo que llegase á la orilla izquierda del Sena, mandó fortificar los puentes de Neuilly, de Saint-Cloud, de Sevres, y destruir los de Saint-Denis, de Besóns, de Chatou y de Pecq. Con todo, estas precauciones no colocaban á la Malmaison al abrigo de una sorpresa, y el coronel Back,

oficial de caballería de la guardia, corrió á advertir que los escuadrones prusianos avanzaban por la llanura, siendo preciso estar muy alerta para no caer en su poder. Mayor hubiera sido la alarma si se hubieran sabido los proyectos de Blücher, que no tardaremos en tener ocasión de referir á nuestros lectores. El general Beker contaba con trescientos ó cuatrocientos hombres, y estaba resuelto á defender á Napoleón hasta no poder más. Una veintena de jóvenes, tales como Mr. de Flahault, Mr. de La Bedoyere, Mr. Gourgaud, Mr. Fleury de Chaboulon, se hallaban prontos á morir para proteger la gloriosa víctima confiada á su lealtad, á su adhesión, y Napoleón al notar todo este celo sonreía diciendo que el enemigo no había hecho apenas más que llegar á la llanura de Saint Denis, que el Sena por más que estuviera bajo no era fácil de vadear y que las cosas no eran tales como las suponía la acalorada imaginación de sus fieles servidores. Los habitantes de la Malmaison estaban casi siempre solos. A no ser Mr. de Basano, Mr. Lavallette, Mr. de Rovigo y Mr. Bertrand, que no salían nunca de aquella morada; á no ser los hermanos, la madre de Napoleón y la reina Hortensia, no se veía nunca en ella otras personas que algunos oficiales procedentes del ejército, que con el uniforme lleno de jirones, cubiertos todavía con el polvo del campo de batalla, acudían á informar á Napoleón de la marcha que seguía el enemigo y á suplicarle que volviese á ponerse á la cabeza de las tropas francesas. Napoleón los escuchaba con sangre fría, los apaciguaba, les daba gracias y aprovechaba sus noticias. Sin conocer con entera exactitud la posición de los coligados, dedujo por los diversos informes que le comunicaban que, según su costumbre, el fogoso Blücher se habría anticipado al prudente Wellington, llevando á los ingleses dos días de delantera. De pronto, con la ordinaria rapidez de su golpe de vista militar, comprendió que podía sorprenderse á los aliados separados los unos de los otros, y por una feliz casualidad encontrar á las puertas de París la ocasión inútilmente buscada en Waterloo de combatir con ellos separadamente, restableciendo de este modo la fortuna de las armas francesas. Procedentes de Soissons debían llegar lo menos sesenta mil hombres, en París había diez mil, y con setenta mil combatientes había fuerzas de sobra para anonadar á Blücher, que sólo tenía sesenta mil, y una vez derrotado Blücher había la probabilidad de hacer sufrir al duque de Wellington una suerte desastrosa. Después de semejante triunfo no se sabía el valor que el triunfo comunicaría á las almas, el impulso que provocaría de parte de la nación, y Napoleón, dejándose mecer por un último ensueño de felicidad, imaginó que sería magnífico prestar este servicio á la Francia sin trabajar en su propio provecho, y encaminándose al destierro después de procurar la posibilidad de concluir un buen tratado de paz. Salvar acaso la corona de su hijo era todo lo que esperaba de este último acto militar.

Pensaba en este gran proyecto durante la noche del 28 al 29 (porque no supo las noticias que servían de base á su nueva combinación hasta el mismo 28 en las primeras horas de la noche) cuando le interrumpió de repente la llegada de Mr. Decrés y Mr. Boulay de la Meurthe (no pudieron encontrar á Mr. Merlin para que los acompañase), los cuales fueron á media noche á

comunicarle las intenciones de la comisión ejecutiva respecto de su marcha. Los recibió inmediatamente, y al ver la orden que prescribía á los capitanes de las dos fragatas llevar el ancla sin aguardar los salvoconductos, declaró que se hallaba pronto á partir, pero que antes iba á enviar un mensaje á la comisión ejecutiva. Después se despidió con el corazón oprimido de estos dos antiguos servidores á los que nunca más debía volver á ver.

El 29 al amanecer mandó ensillar sus caballos, se puso el uniforme, llamó al general Beker y le expuso sus intenciones con una animación que no se había notado en él desde el día 18. El enemigo, dijo, ha cometido una gran torpeza, que por lo demás podía preverse conociendo el carácter de los dos generales aliados. Avanza formado en dos masas de sesenta mil hombres cada una, separadas por una distancia bastante considerable para poder destruir á la primera antes que la segunda tuviese el tiempo necesario para acudir en su auxilio. Aquella era una ocasión especial que la Providencia proporcionaba á los franceses, y serían muy culpables ó muy locos si no la aprovechaban. Por consiguiente, se ofrecía á ponerse de nuevo al frente del ejército, que á su vista recuperaría todo su denuedo, á caer sobre el enemigo desesperadamente, castigar su temeridad y luego restituir el mando al gobierno provisional. «Empeño, añadió, mi palabra de general, de soldado, de ciudadano, de no conservar el mando ni una hora después de la victoria tan segura como brillante que prometo ganar, no para mí, sino para la Francia.»

El general Beker no pudo menos de sentirse impresionado al contemplar la expresión que en aquel momento tenía el semblante de Napoleón. Era la confianza del genio que se despertaba en el seno de la desgracia y disipaba por un instante las sombras. A pesar del trabajo que le costaba encargarse de una misión cuyo éxito no esperaba, partió el general, apremiado por Napoleón para que no perdiese tiempo, y corrió inmediatamente á las Tullerías. Después de vencer las grandes dificultades que ofrecía el pasaje del puente de Neuilly, completamente obstruido, llegó al palacio que ocupaba la comisión ejecutiva, y la encontró reunida en sesión bajo la presidencia de Mr. Fouché, que como siempre parecía constituirla por sí solo.

Al ver entrar al general Beker le preguntó Mr. Fouché, con tono de ansiedad, si llevaba la noticia de la partida de Napoleón. El general respondió que Napoleón estaba pronto á marchar, pero que antes había creído deber dirigir una última comunicación al gobierno provisional. Mr. Fouché escuchó con un silencio glacial la exposición del general Beker, y apenas terminó su relato, viendo que todos se callaban, habló monsieur Fouché. Empleó algunos instantes, pero muy pocos, en preparar su respuesta, porque aunque hubiera tenido la seguridad de ver salvada á la Francia, no hubiera consentido que debiese su salvación al monarca destronado. Es preciso añadir, para ser justos, que contaba muy poco con el éxito de los proyectos militares de Napoleón, cuyo mérito era incapaz de apreciar; creyendo descubrir en ellos un nuevo rasgo de lo que él llamaba su mala cabeza, temía, si estos proyectos fracasaban, justificar todas las desconfianzas de los ge-